

LATIDOS

Anna Godbersen

1

LAFAMILIA RICHMOND HAYES
SOLICITA EL PLACER DE SU COMPAÑÍA
EN EL BAILE EN HONOR DEL ARQUITECTO
WEBSTER YOUNGHAM
DEL PRÓXIMO SÁBADO 16 DE SEPTIEMBRE
A LAS NUEVE EN PUNTO DE LA NOCHE
EN SU NUEVA RESIDENCIA
DEL N.º 670 DE LA QUINTA AVENIDA
DE LA CIUDAD DE NUEVA YORK
SE REQUIERE DISFRAZ

—Me han preguntado por ti —le susurró Louisa Holland a Elizabeth con tono firme. Elizabeth se había pasado dieciocho años preparándose para ser la más valiosa posesión de su madre y, entre otras cosas, había llegado a ser una experta intérprete de sus tonos de voz. Aquel significaba que tenía que regresar de inmediato al salón de baile principal y bailar con una pareja elegida por su madre, probablemente un joven de linaje envidiable aunque un tanto endogámico. Elizabeth sonrió con aire de disculpa a las muchachas con quienes estaba sentada, Anne-Marie D'Alembert y Eva Barbey, a quienes había conocido esa primavera en Francia y que iban disfrazadas de cortesanas de la época de Luis XIV. Elizabeth acababa de decirles lo lejana que le resultaba la ciudad de París en ese momento, aunque esa misma mañana temprano había bajado del vapor transatlántico para volver a poner los pies en Nueva York. Su vieja amiga Agnes Jones también se hallaba sentada en el confidente de damasco de rayas de color marfil y oro, pero a la hermana menor de Elizabeth, Diana, no se la veía por ningún lado, pues debía de sospechar que su conducta era objeto de vigilancia, cosa que, por supuesto, era cierta. Elizabeth se sintió irritada ante el infantilismo persistente de su hermana menor, pero enseguida contuvo ese sentimiento.

Después de todo, Diana no había disfrutado de una puesta de largo formal como la que Elizabeth había tenido dos años atrás, tras cumplir los dieciséis. Por supuesto, antes de eso, la mayor de las Holland pasó un año aprendiendo las convenciones de la etiqueta —Penelope Hayes y ella compartieron a una institutriz y varios profesores

particulares— y recibió lecciones de buena conducta, baile e idiomas. Diana había cumplido dieciséis años en abril, mientras Elizabeth estaba en el extranjero, y no hubo celebración. La familia estaba aún de luto, y organizar una puesta de largo por todo lo alto no parecía lo más adecuado. La joven, simplemente, empezó a asistir a bailes con la tía Edith durante su estancia veraniega en Saratoga, por lo que no se le podía reprochar que le faltase algo de refinamiento.

—Estoy segura de que lamentas separarte de tus amigas —dijo la señora Holland, alejando a su hija de los susurros femeninos para llevarla al salón de baile principal—, pero al parecer esta noche eres la joven más solicitada para bailar el vals.

La primogénita de los Holland, con su disfraz de pastora de brocado blanco, parecía muy alegre y muy alta al lado de su madre, que todavía vestía de negro. Edward Holland había fallecido a principios de ese año, y su madre estaría de luto riguroso al menos un año más.

Elizabeth tenía el rostro con forma de corazón, unos rasgos delicados y una tez de porcelana. Como le dijo una vez un muchacho que no entraría en el salón de baile de los Richmond Hayes esa noche, su boca tenía el tamaño y la forma de una ciruela. En ese momento trató de obligar a esa boca a sonreír agradecida, aunque el tono de su madre la preocupaba. La famosa inflexibilidad de mistress Holland poseía una nueva y perturbadora cualidad apremiante que Elizabeth había notado al poco de bajar del transatlántico. Se había marchado tras el entierro de su padre, hacía nueve meses, y se pasó toda la primavera y el verano aprendiendo a conversar en los salones y a vestirse en la Rue de la Paix, lo que le permitió olvidar su pena.

—Ya he bailado muchos vals esta noche —le dijo Elizabeth a su madre.

—Tal vez —respondió esta—, pero ya sabes cuánto me complacería que alguno de tus compañeros de baile te propusiera matrimonio.

Elizabeth trató de reír para disimular la desesperación que ese comentario suscitaba en ella.

—Pues tienes suerte de que aún sea tan joven, porque faltan unos cuantos años para que empiece siquiera a plantearme elegir a alguno.

—De eso nada.

Mistress Holland recorrió con la mirada el inmenso salón de baile principal, que tenía el techo abovedado de cristal esmerilado y las paredes cubiertas de frescos y espejos dorados, y se hallaba en el centro de un laberinto de salas más pequeñas pero igual de concurridas y decadentes. Colocadas en círculo junto a las paredes, grandes palmeras en macetas protegían a las damas de los bailarines frenéticos que recorrían a toda velocidad el pavimento de mosaico de mármol. Había cuatro criados por cada invitado, lo que parecía una ostentación incluso a los ojos de una joven que había pasado las dos últimas temporadas aprendiendo a comportarse como una dama en la Ciudad de la Luz.

—Lo único que no tenemos es tiempo —replicó mistress Holland.

Elizabeth sintió que un estremecimiento le recorría la espalda, pero, antes de que pudiese preguntarle a su madre qué significaba aquello, se hallaron en el perímetro del salón de baile, cerca de la zona en que bailaban el vals sus amigos y conocidos,

saludando con la cabeza a las parejas espléndidamente ataviadas que se deslizaban por la pista de baile.

Eran los miembros de la clase social a la que pertenecían los Holland, unas setenta familias, unas cuatrocientas almas, bailando como si se fuese a acabar el mundo. Y efectivamente, era probable que el mundo se desvaneciese al día siguiente mientras dormían bajo doseles de seda, despertando solo para aceptar jarras de agua con hielo y echar a la doncella de la habitación. Habría misa, por supuesto, pero, después de una velada tan rutilante y épica, los fieles serían escasos. Formaban una sociedad cuya principal vocación era invitar y ser invitados, además de la reinversión esporádica de sus vastas fortunas en nuevos negocios cada vez más lucrativos.

—El último en preguntar por ti ha sido Percival Coddington. Como sabes, mister Coddington ha heredado toda la fortuna de su padre este verano —le susurró mistress Holland a Elizabeth mientras situaba a su hija junto a una gigantesca columna de mármol de color rosa.

Había varias columnas de aquellas en la sala, y Elizabeth no albergaba la menor duda de que estaban al menos tan destinadas a causar impresión como a servir de soporte. Al construir su nueva mansión, los Hayes habían aprovechado todos y cada uno de los elementos arquitectónicos como una oportunidad para alcanzar la grandiosidad.

Elizabeth suspiró. La cálida imagen del único muchacho que no asistiría al baile de disfraces de los Hayes esa noche no habría podido hacer menos atractiva la amenazadora perspectiva de bailar con Percival Coddington. Conocía a Percival desde la infancia, y era la clase de niño que evitaba el contacto humano para dedicarse a dañar de forma intencionada a pequeños animales. Al crecer se había convertido en un hombre sudoroso que resoplaba a menudo, conocido como un coleccionista obsesivo de artefactos antropológicos, aunque él mismo tenía el estómago demasiado delicado para viajar jamás en el barco de un explorador.

—¡Ya está bien! —la riñó su madre en un nuevo susurro. Elizabeth parpadeó. No creía haber revelado emoción alguna—. ¡No te quejarías tanto si tu padre estuviese aquí!

La mención de mister Holland hizo que Elizabeth sintiese ganas de llorar y cediese a la causa de su madre.

—Lo siento —respondió Elizabeth, tratando de evitar que le temblase la voz. Sintió la sequedad de garganta que siempre precedía a las lágrimas y se esforzó por reprimirlas—. . . Simplemente me pregunto si alguien tan importante como mister Coddington se acordará siquiera de mí después de que haya pasado tanto tiempo fuera.

Mistress Holland hizo un mohín de desprecio al ver que pasaban las hermanas Wetmore, que eran uno y tres años mayores que Elizabeth respectivamente.

—Por supuesto que te recuerda, sobre todo cuando la alternativa son jóvenes como esas. Parece que se hayan vestido en el circo —comentó fríamente mistress Holland.

Elizabeth intentaba pensar en algo agradable que pudiese decir de Percival Coddington y no oyó lo que su madre dijo a continuación. Algo sobre que alguien resultaba vulgar. Mientras su madre le hablaba, Elizabeth distinguió a Penelope Hayes en el piso de arriba. Penelope llevaba un vestido con volantes de color amapola, muy escotado, y Elizabeth no pudo evitar sentirse un poco orgullosa al ver a su amiga tan imponente.

—No debería haber dignificado este baile con mi presencia —siguió diciendo mistress Holland—. Los periódicos publicarán que apruebo esta clase de exhibiciones ordinarias, y sabes que eso me producirá quebraderos de cabeza.

Hubo un tiempo en que ni siquiera habría visitado a las advenedizas Hayes, pese a que su marido aceptó en un par de ocasiones salir de caza con Jackson Pelham Hayes; pero la opinión de la sociedad había cambiado sin contar con la dama, y últimamente había empezado a admitirlas.

—Pero sabes que se habría producido un escándalo aún mayor si no hubiésemos venido. Y, de todos modos, nunca lees los periódicos.

Elizabeth alargó su esbelto cuello y le dedicó a su amiga una sutil sonrisa de complicidad. Cómo le habría gustado estar con ella, riéndose de la pobre muchacha cuya mala suerte la había obligado a bailar con Percival Coddington. Penelope miró hacia abajo y dejó caer un párpado maquillado de oscuro con su guiño de siempre, lento y encendido, y Elizabeth supo que la comprendía.

—Bueno... eso es cierto —convino su madre—. No los leo.

A continuación, alzó el único rasgo que compartía con su hija —una barbilla pequeña con un hoyuelo— mientras Elizabeth se encogía de hombros en un sutil gesto dedicado a su mejor amiga.

Se habían hecho amigas durante los primeros años de la adolescencia, cuando a Elizabeth le interesaba seguir la moda. Penelope compartía ese interés, aunque ignoraba las normas de la sociedad de la que tanto deseaba formar parte. Elizabeth, que justo empezaba a preocuparse de todas esas normas, había cultivado su amistad de todos modos. Enseguida descubrió que le gustaba estar con Penelope, pues todo parecía más intenso y divertido en compañía de la joven miss Hayes. Y Penelope se convirtió muy pronto en una hábil jugadora de los juegos de sociedad; a Elizabeth no se le ocurría nadie mejor con quien estar durante una fiesta.

—¡Oh, mira! —exclamó mistress Holland con voz estridente, devolviendo la atención de Elizabeth a la pista de baile—. ¡Aquí está mister Coddington!

Elizabeth se obligó a sonreír y a continuación se volvió hacia la inevitable presencia de Percival Coddington. Él intentó un gesto parecido a una reverencia, mientras recorría el escote de su vestido con la mirada. A la joven se le cayó el alma a los pies al darse cuenta de que iba disfrazado de pastor, con pantalones verdes, botas rústicas y tirantes rojos. Sus trajes hacían juego. El hombre llevaba el pelo alisado y largo en el cuello, y respiró de forma audible por la boca mientras Elizabeth esperaba a que la invitase a bailar.

Al cabo de unos instantes, habló su madre con voz cantarina:

—Bueno, mister Coddington, aquí la tiene.

—Se lo agradezco —respondió él entre carraspeos—. ¿Le apetece bailar, miss Holland? Elizabeth notó con incomodidad que los ojos del hombre se demoraban en su figura, pero se mantuvo erguida y sonriente. Le habían enseñado desde niña a comportarse como una dama.

—Por supuesto, mister Coddington.

La joven alzó la mano para que él la tomase. Mientras la húmeda palma del hombre tiraba de ella a través de la multitud de bailarines disfrazados, Elizabeth volvió la vista atrás para sonreír a su madre. Al menos tendría la satisfacción de verla complacida.

Pero su madre estaba ya saludando a otros dos hombres. Elizabeth reconoció primero la figura alta y delgada de Stanley Brennan, que había sido contable de su padre, y luego la figura imponente de William Sackhouse Schoonmaker, patriarca del viejo clan de los Schoonmaker, que había hecho una segunda fortuna con el ferrocarril. Su único hijo, Henry, había dejado la universidad de Harvard en primavera, y desde entonces las hijas de las familias más importantes de Nueva York no hablaban de otra cosa. Al menos, en las cartas que recibió Elizabeth de Agnes estando en París, esta última no paraba de mencionar su nombre, señalando que todas las muchachas ardían en deseos por él. Tenía una hermana menor, Prudie, que contaba uno o dos años menos que Diana, aunque siempre iba vestida de negro y se la veía poco porque le desagradaban las multitudes. La impresión que tenía Elizabeth de Henry Schoonmaker seguía siendo vaga, aunque le había visto y había oído pronunciar su nombre a menudo a lo largo de los años, por lo general, con tono de broma.

La pareja de baile de Elizabeth debió de intuir que la muchacha estaba distraída, porque atrajo su atención con un comentario intencionado:

—Tal vez hubiese preferido usted quedarse con las damas —dijo Percival, en un tono de voz que dejaba traslucir el resentimiento.

Elizabeth trató de no tropezar con los torpes pies de su pareja.

—No, mister Coddington, solo estoy un poco cansada —le contestó, sin faltar del todo a la verdad.

Su barco se había retrasado tres días y ella llevaba menos de veinticuatro horas en casa. Apenas acababa de pisar tierra firme y allí estaba, bailando. Su madre había insistido por carta en que prescindiese de los servicios de su camarera francesa, por lo que ella misma había tenido que peinarse y cuidar de sus ropas durante todo el viaje. Penelope había pasado por la tarde para enseñarle los nuevos pasos de baile y decirle lo furiosa que se habría sentido si el retraso del barco hubiese impedido que su mejor amiga acudiese a una de las veladas más importantes de su vida. A continuación, habló de un nuevo galán secreto, cuya identidad le revelaría a Elizabeth más tarde, en cuanto estuviesen a solas un momento. Había demasiados criados rondando durante aquellas horas previas al baile como para que fuese prudente decir nombres. Penelope se había mostrado más competitiva de lo habitual en lo que concernía a su aspecto y vestido, y Elizabeth supuso que era por la presencia de aquel muchacho y porque el baile era la inauguración de la nueva casa de su familia. Por supuesto, también contribuía a la tensión de Elizabeth el extraño comportamiento de su madre.

Además, había bailado ya mucho, había cenado y había conversado con varios de sus tíos. Había tenido que explicar ya unas cuantas veces su accidentado viaje a través del Atlántico. Y justo cuando Elizabeth acababa de sentarse por fin con unas amigas a tomar una copa de champán y charlar de lo absolutamente sensacional que era todo, se

había visto obligada a volver al centro de la actividad y bailar con Percival Coddington, precisamente con él entre todos los demás. Pero siguió sonriendo, por supuesto. Estaba acostumbrada a hacerlo.

—Bueno, ¿en qué está pensando entonces?

Percival frunció el ceño y apretó los riñones de Elizabeth. La muchacha no podía pensar en nadie que le ofreciese menos confianza para dejarse conducir a ciegas por una pista llena de gente achispada.

—Pues... —empezó Elizabeth.

La joven estaba pensando que ni siquiera la compañía de las otras damas suponía un respiro total. En realidad, se había sentido algo más que aliviada al separarse de Agnes —aunque esta fuese tan buena amiga—, porque el vestido con flecos de cuero que llevaba no le sentaba bien y era demasiado ajustado. Elizabeth se había sentido apenada durante toda la conversación al ver lo poco que le favorecía. Agnes parecía, en especial junto a sus nuevas y sofisticadas amigas parisinas, un vestigio embarazoso de la infancia.

Volvió a concentrarse en el rostro feo y achispado de Percival, y trató de seguir con los pies el ritmo de un, dos, tres; un, dos, tres...

Pensó en cómo se había desarrollado la velada hasta ese momento, en todas las horas de charla insustancial y cumplidos aceptados con delicadeza, en toda la atención dedicada a las apariencias. Recordó el lujo deliberado del tiempo transcurrido en París. ¿Qué había hecho ella realmente en todo ese tiempo? ¿Qué había hecho él —el muchacho a quien con tanto empeño había intentado olvidar, a quien creyó haber olvidado— durante todo el tiempo que ella pasó lejos? Se preguntó si habría dejado de importarle. Ya podía sentir el tremendo peso del arrepentimiento que sentiría durante el resto de su vida por haberlo dejado escapar, un peso que sería suficiente para enterrarla en vida.

De repente, la habitación se volvió muda y violentamente luminosa. Cerró los ojos y sintió el cálido aliento de Percival Coddington que le preguntaba al oído si se encontraba bien. El corsé, que su doncella, Lina, prácticamente le había cosido hacía horas, le pareció de pronto una horrible cárcel. Se dio cuenta de que su vida tenía todo el encanto de una trampa de acero.

Luego, tan deprisa como había llegado, el pánico desapareció. Elizabeth abrió los ojos, y los sonidos alegres y frenéticos volvieron a envolverla. La joven miró el gran techo abovedado que resplandecía sobre sus cabezas y se tranquilizó al ver que seguía en su sitio.

—Sí, mister Coddington... gracias por preguntar —respondió Elizabeth por fin—. No sé qué me ha pasado.

2

Guardarropa, una en punto.

Trae pitillos.

D. H.

D

Diana Holland observó que su madre ascendía por la sinuosa escalera de mármol situada al otro lado del salón de baile. La acompañaba un tipo corpulento y mayor a quien estaba segura de conocer, y también Stanley Brennan, amigo y contable de la familia, que caminaba detrás de ellos con paso cansino. Justo antes de que saliesen de su campo visual y se dirigiesen hacia algún espléndido salón de fumar del segundo piso, mistress Holland miró hacia atrás, vio a Diana y le dedicó una mirada de reprobación. La pequeña de los Holland se maldijo por dejarse ver y luego consideró brevemente la posibilidad de permanecer en el gran salón de baile principal, aguardando con paciencia que alguno de sus primos decidiese invitarla a bailar. Sin embargo, la paciencia no era una cualidad propia de Diana Holland.

Además, estaba muy orgullosa de su propia audacia al escribir la breve invitación hacía un rato en el tocador de señoras. A continuación, se la había entregado con disimulo al ayudante del arquitecto Webster Youngham, que estaba apostado junto al arco de la entrada a fin de explicar las numerosas referencias arquitectónicas incorporadas al nuevo hogar de los Hayes. Tras abrirse paso entre la multitud y hacer una reverencia, Diana le había cogido la mano y le había pasado la nota.

—Es usted un verdadero artista, mister Youngham —había dicho, aun a sabiendas de que mister Youngham estaba ya borracho de madeira y repantigado en una de las salas de juego del piso de arriba.

—Pero... yo no soy mister Youngham —le respondió él, con gesto de encantadora confusión. En cuanto vio aquel gesto, Diana supo que le había pescado—. Soy James Haverton, su ayudante.

—Aun así... —replicó ella con un guiño.

La joven desapareció entre el gentío. Haverton tenía hombros anchos y ojos grises y soñadores. Aunque solo era un ayudante, parecía hombre de mundo. En la hora transcurrida desde entonces, Diana no había visto a nadie que fuese ni remotamente tan atractivo.

Así pues, la joven se recogió la falda y se movió deprisa entre los enormes maceteros y la pared. Miró una vez más hacia atrás antes de abandonar el salón de baile, para asegurarse de que nadie la observaba, y luego se coló en el guardarropa. A Diana le pareció inmenso y demasiado adornado, sobre todo para ser un cuarto lleno de abrigos. A ellos no les importaba si la habitación era de tema árabe, ni si tenía el suelo de mosaico de vivos colores, ni si albergaba antigüedades dispuestas en las hornacinas en forma de torrecillas que habían esculpido en las paredes.

Diana miró a su alrededor, tratando de localizar su abrigo de teniente francés. Había llegado vestida como la protagonista de su novela favorita, Trilby, cuya heroína, modelo de artistas, aparece por primera vez entre posado y posado con enaguas, zapatillas y un abrigo de soldado. A Diana no le habían permitido llevar enaguas sin falda, pero ya le resultaba emocionante haber logrado ponerse el resto del disfraz. Su madre había

llegado a encargarse para ella un disfraz de pastora igual que el de su hermana mayor, y llevarlo habría sido espantoso además de humillante. En cambio, allí estaba ella con una bohemia falda a rayas rojas y blancas, y un sencillo corpiño de algodón que había desgarrado a escondidas en algunos puntos. Por supuesto, nadie se había dado cuenta, pues todas las demás chicas de la edad de Diana eran conformistas en el fondo y parecían ir disfrazadas de sí mismas, simplemente con más polvos y la cintura más ajustada de lo habitual.

Empezaba a temer que alguno de los criados hubiese confundido su raído abrigo gris con el propio cuando la sobresaltó la campanada aislada del reloj de la esquina. Soltó un grito ahogado de sorpresa y dio un paso atrás, un poco dubitativo debido a todo el champán que había bebido sin que nadie la viese. Entonces notó un pecho masculino en su espalda y un par de manos en las caderas. La descarga de adrenalina hizo que se ruborizase de pies a cabeza.

—¡Vaya! Hola. —Saltó emocionada, intentando que su voz resultase monótona e indiferente, aunque aquello era de lejos lo más turbador que le había ocurrido en toda la velada.

—Hola —respondió Haverton en un susurro, con la boca muy cerca de su oreja.

Diana se volvió despacio y le miró a los ojos.

—Espero que hayas traído cigarrillos —dijo, tratando de no sonreír demasiado.

Haverton tenía las cejas cortas y rectas, bien separadas, por lo que sus ojos parecían francos y sinceros.

—Creía que a las damas de su clase no las dejaban fumar.

Diana hizo un mohín.

—Entonces, ¿no has traído pitillos?

El joven hizo una pausa mientras le dedicaba una mirada que no hacía que se sintiese precisamente como una dama.

—Sí los he traído, aunque no sé si ofrecerle uno o no...

Diana detectó una chispa de malicia en sus ojos y supuso que sería el brillo de un alma gemela.

—¿Qué tengo que hacer para convencerte? —preguntó, mientras volvía la cabeza con gesto desenfadado.

—Lo que me pide es muy grave —respondió él con falsa seriedad. Luego se echó a reír. A Diana le gustó cómo sonaba su risa—. Eres muy bonita —añadió, sonriendo ya con descarado seductor.

Diana y su hermana no habrían podido compartir más características físicas y parecerse menos. Como Elizabeth, ella tenía los rasgos delicados y la boca redonda de las mujeres Holland, pero Diana aún conservaba la suavidad infantil. Le gustaba pensar que sus cabellos oscuros añadían cierto misterio, aunque en realidad eran indomables y de color castaño. Todo el mundo describía sus ojos como «vivos». Y, por supuesto, su hermana y ella tenían la barbilla de su madre. Diana detestaba ese rasgo de los Gansevoort.

—Bueno, soy pasable —respondió, resplandeciente de falsa modestia.

—Yo diría que mucho más que pasable.

Continuó observándola mientras sacaba una pitillera de su bolsillo delantero. Encendió un cigarrillo y se lo pasó.

Diana dio una calada y trató de no toser. Le encantaba fumar —o al menos la idea de fumar—, pero resultaba difícil practicar con su madre y el servicio observándola a todas horas. De todos modos, le salía bien —por lo menos eso creía ella—, y exhaló pequeñas bocanadas de humo al aire, arqueando una ceja mientras se preguntaba cómo la seduciría Haverton. Fumar resultaba agradable entre aquella decoración en tonos metálicos y turquesas que sugería exotismo.

—Oye, si eres arquitecto, ¿te convierte eso en artista?

—Depende de a quién se lo preguntes —respondió él sin darle importancia—. A algunos nos gusta pensar que hacemos la clase de arte más monumental y duradero.

—Eso está muy bien —dijo Diana en tono alegre—, porque, ¿sabes?, llevo toda la noche intentando encontrar a un artista de verdad.

—¿Para qué? —preguntó él mientras se apoyaba en los abrigos y se llevaba el cigarrillo a la boca.

—Pues para besarle, claro.

Diana inspiró con fuerza después de hablar. De vez en cuando, ella misma se sorprendía de las audaces palabras que salían de su boca.

Haverton lanzó el humo con aire pensativo, y ambos se vieron envueltos por el olor dulzón del tabaco. Por un momento, Diana se sintió como si se hallara a un millón de kilómetros de allí, en una tienda oculta en algún zoco de Túnez o Marrakech, negociando en secreto la compra de polvos mágicos.

—La verdad —empezó Haverton con un acento norteamericano que le recordó que seguía en Nueva York, y en una calle tan familiar como la Quinta Avenida, nada menos—, se me ocurre que te estás comportando como una chica ... algo descarada.

—¿Eso crees? —preguntó Diana divertida, antes de dar otra calada.

Ella también se hundió en el blando muro de abrigos, acercándose un poco más a Haverton.

—Bueno, no es frecuente que las jóvenes damas de tu clase se encuentren con extraños mayores que ellas en armarios enormes, con lo mejorcito de la sociedad a solo unos pasos.

—¿Qué te hace pensar que existe alguna comparación entre yo y las «chicas de mi clase»? —Diana pronunció indignada las últimas palabras. Las muchachas de su clase eran esclavas de las normas y andaban por la vida, por así decirlo, como maniqués sin chispa—. Te he dicho que buscaba a un artista —siguió en tono impaciente—, así que si vas a seguir pensando de forma convencional e igual que todo el mundo, más vale que me vaya.

Haverton sonrió, dejó caer su cigarrillo en el suelo de losas de mármol blancas y negras y lo pisó antes de lanzarlo hacia un rincón con la punta del zapato. De pronto, a Diana se le antojó muy mayor, aunque no podía tener más de veinte años. El hombre se movió con agilidad hacia ella. En cuanto sus labios se tocaron, Diana supo que no habría ninguna magia. Aquel no era el emocionante contacto que llevaba esperando toda la

velada, y que el estilo de besar de aquel tipo fuese parecido a aplastar una cara contra otra no mejoraba las cosas. La decepción relajó todo el cuerpo de la joven.

Diana le devolvió el beso solo para asegurarse de que su instinto no fallaba, pero la habían besado antes y sabía lo que se sentía cuando el beso era bueno. Haverton era muy inferior a Amos Vreewold, a quien había besado varias veces en Saratoga durante el verano, y solo un poco superior a quien le dio su primer beso, a los trece años, tan desagradable que había preferido borrar de su memoria la identidad de aquel joven. Diana estaba aceptando por fin que James Haverton, ayudante de arquitecto, no era la clase de artista que ella buscaba, cuando rechinó la puerta y sonó una pisada en el umbral.

—¿Miss Diana...? —dijo una voz masculina, más dolida que escandalizada.

Ambos se volvieron hacia la puerta, y Diana notó por un momento que Haverton la agarraba con más fuerza. La joven reconoció de inmediato el rostro alargado y fatigado de Stanley Brennan. Solo tenía veintiséis años —había sucedido a su padre como contable de mister Holland—, pero su constante ansiedad le daba una apariencia prematuramente envejecida.

—Su madre me ha enviado para comprobar... cómo estaba... —dijo con voz entrecortada—, para comprobar que no se metiese en líos.

Haverton soltó la cintura de Diana y dio un paso atrás. No parecía demasiado contento de ver a Brennan, pero no dijo nada. Diana se sintió libre casi al instante, aliviada de tener la áspera barbilla de Haverton lejos de su piel.

—Gracias, Brennan —dijo—. ¿Le importaría acompañarme otra vez al salón de baile?

Brennan dio un paso adelante con gesto prudente y alargó la mano hacia los desgarrones que Diana había hecho en su disfraz, y que se habían agrandado durante la penosa cita.

—Déjelo, no pasa nada —añadió mientras le tendía el brazo. Luego se volvió hacia Haverton—. Gracias por explicarme las referencias islámicas del guardarropa de los Richmond Hayes. Lo recordaré siempre.

Miró hacia atrás una vez más e imaginó que la mueca de Haverton estaba en el principio de su vida de hombre solitario destrozado por las decepciones. Mientras Brennan y ella salían en dirección al salón de baile principal, Diana pensó que era su destino dejar víctimas a su paso.

—No se lo contaré a su madre —susurró Brennan mientras recorrían el reluciente corredor de mármol—, aunque me parece, como amigo de su difunto padre que fui, que debo recordarle que esa clase de comportamiento podría ser su ruina.

—No tengo miedo —dijo Diana en tono despreocupado.

—Es usted como una hermana pequeña para mí, y es mi responsabilidad cuidarla. Al menos, eso piensa su madre —dijo, deteniéndose como para transmitirle la gravedad de la situación—. Si averiguase lo que ha hecho y que yo lo sé, sería el fin de los dos.

—Bueno, eso es muy cierto. —Diana se detuvo junto a él. Ya se oían los gritos y la música del salón de baile, y al cabo de un momento estarían de nuevo bajo las brillantes luces. Esbozó un mohín con los ojos chispeantes de coqueteo—. Pero ¿tan malo sería? Luego se echó a reír, agarró la mano de Brennan y tiró de él hacia el centro de los

acontecimientos. Buscaba algo inexpresable, y no estaba dispuesta a dejar que un mal beso la frenase.